

ROSALÍA DE CASTRO

Casi toda la vida de Rosalía de Castro transcurre entre estas dos ciudades: Padrón y Santiago de Compostela.

Rosalía nace en Santiago, pero desde muy niña vive en Padrón. Dice la propia Rosalía: «Una vez más a refugiarnos en la casa solariega, en donde vimos deslizarse tantos días alegres de nuestra infancia y breve juventud». Y nos va contando: «Saltaba yo del lecho toda alborozada al percibir el primer reflejo del día, para ver cómo tras el Miranda se abre paso la luz entre las nubes color de naranja.»

Luego admira la vega verde con sus orillas bordadas de blancos caseríos y sus montañas adustas o risueñas, pero lo más hermoso es la movable y plateada cinta que forma la ría al atravesar en repetidas curvas juncos y maizales.

Pasa el día apoyada en el alfeizar de la ventana. Al atardecer contempla la transparencia de la luna. Su alma de niña es mecida por los aires de Padrón. Por eso dirá recordándolos:

Airiños, airiños aires,
airiños da miña terra;
airiños, airiños aires,
airiños, levaime a ela.

Pero es la llovizna lo que abre el alma infantil de la niña Rosalía a la melancolía. El ritmo galaico de la lluvia resuena en los versos de su primer libro, «Cantares gallegos».

Cómo chove mi hudiño,
cómo mi hudiño chove,
cómo chove mi hudiño,
pó-la banda de Laiño,
pó-la banda de Lestrove.

Lluvia menuda sobre el corazón terroso de su Galicia. Porque Galicia es Rosalía. Ella encarna a su amada región. Su alma femenina, llena de

ternura, de misterio, de religiosidad, es el alma misma de Galicia. Ella es Galicia, con sus cementerios, con sus altos cipreses, con sus olivos oscuros, con sus humildes osarios. Alma crepuscular la de Rosalía, como el campo gallego, en la tarde solitaria, lleno de un infinito desasosiego, al bañarlo el resplandor dorado del sol poniente.

Alma sensitiva que tiembla con las hojas del otoño, que cuando contempla un mar dorado de hojas marchitas, que el viento mueve, agita, arremolina, con un blando sople, siente que una honda angustia sube a su alma.

Como las hojas tiembla el alma de Rosalía y es musical como la lluvia, pero nada le conmueve como el tocar de las campanas. Dice:

Campanas de Bastales,
cando vos oyo tocar,
mórrome de soidades.

Cando vos oyo tocar,
campaniñas, campaniñas,
sin querer torno a chorar.

Sentada en una piedra ve Rosalía ponerse el sol. Viene la noche. Muere el día. Las campanas tocan lejos el «Ave María».

Campanas de Bastabales,
cando vos oyo tocar,
mórrome de soidades».

Sola queda Rosalía. Ella nos habla de «miña casa, meu abrigo», pero todos se van y Rosalía queda «sin compañía, nin amigo». ¿Qué inquietud, qué dolor profundo traspasa a este romántico corazón? Ella misma no acierta a expresarlo:

¿Qué pasa o redor de mín?
¿Qué me pasa qu'eu non ei?
Teño medo de d'un-ha cousa
que vive e que non se ve.

Alma romántica; su romanticismo nacía del dolor de vivir. En una poesía de su segundo libro, escrito en gallego, «Follas novas», publicado en 1880, cuando la poetisa contaba cuarenta y tres años de edad, y en la que se funden vida y poesía por vía del sentimiento. Nos dice que una vez tuvo un clavo hincado en el corazón. Y le hacía tanto mal, le atormentaba tanto, que le pidió a Dios valor para arrancarse el clavo de tan mala condición. Pero ¿quién lo pensara?, luego no sintió dolor, sólo sabía que algo le faltaba donde estuvo el clavo y sintió nostalgia de aquella pena.

Bellamente ha expresado este mismo pensamiento, por influjo indudable de Rosalía, el gran Antonio Machado:

En el corazón tenía
la espina de una pasión;
logré arrancármela un día:
ya no siento el corazón».

En Padrón vive Rosalía, casada; en su hogar, al cuidado de sus hijos, muchos años de su vida. Allí se le mueren algunos de sus hijos, allí está enterrada su madre, allí escribe sus versos Rosalía.

Rosalía de Castro no es un literato profesional, es algo más, un poeta, un artista literario. La poesía de Rosalía brota de la realidad de su vida. El tema de su lírica es el alma misma y bucea por eso en el oscuro pozo del misterio humano e intenta expresar esos anhelos inefables que todos sentimos y que sólo los verdaderos poetas consiguen plasmar.

El único título académico de Rosalía es su propio talento. Ella se formó a sí misma en la escuela de la vida, en la universidad del dolor. Cuando su marido, el gran escritor gallego Munguía, le habla de su futura gloria literaria. Ella le dice: «No te apures; deja pasar todo. No somos más que sombras de sombras. Dentro de poco, ni de mi nombre se acordarán. ¡Qué importa cuando hayamos traspasado nuestros límites!» Y en cierta ocasión en que le piden su retrato para una revista literaria, contesta: «No me fuercen a posar el pensamiento en fruslerías literarias. Llevo en mí alma muchas penas y tristezas a las que me es preciso conceder toda, absolutamente toda, mi atención».

Como ha dicho Azorín: «En tanto que en la gran ciudad, los poetas lanzaban versos rotundos, declamatorios, enfáticos...; allá, en un rincón de Galicia, lejos de todo estruendo, apartada remotamente de este bullir mundano, había una mujer que iba, en silencio, componiendo unas poesías, delicadas, suaves, íntimas, henchidas de emoción».

Otro poeta, entonces, también desconocido e ignorado, triste, nervioso y sensitivo como Rosalía, me refiero al sevillano Bécquer», escribía sus «rimas». Bécquer y Rosalía son los dos genios líricos del romanticismo español.

Rosalía vive en Padrón. Evoca a la villa gallega en unos versos conmovedores:

¡Padrón!... ¡Padrón!
Santa María... Lestrove...
¡Adiós! ¡Adiós!

La vida de Rosalía no es acción, sino pasión, es decir, vida interior.

Rosalía, cargada de penas, llevando el dolor por compañero, recuerda su juventud:

Aquelas risas sin fin,
aquel brincar sin delor,
aquella lonca alegría,
¿por qué acabou?

Frente a la alegría loca de la juventud, ahora todo es silencio, soledad, pavor. Allí está, cerca de su casa, el cementerio de Adina, con sus olivos oscuros. Juegan los niños y los viejos toman el sol. Aún hay algún húmedo montón de tierra, en donde enterraron algún pobre, al amanecer. La propia Rosalía nos dirá: «No hubo noche que no viniese a ver como brillaba en la ribera vecina, no sólo la luz que alumbraba el cementerio, sino también aquellas otras luces que semejan ojos de fuego que pestañeasen, se encienden y se apagan y parecen andar por tajos y breñas, entre caseríos y robledales, orilla del río o entre los pinares, a manera de fuegos fatuos». Pero ahora, al contemplar el cementerio a Rosalía se le nubla el corazón. Allí están enterrados sus hijos y su madre. Va al cementerio en busca de ellos; y le palpita, le tiembla el corazón; los va llamando y ninguno responde. No hay más que silencio, un pavoroso silencio, y los rayos leves, débilmente amarillos del sol sobre las tumbas. Horrorizada su alma sensitiva se preguntaba: ¡Ni uno solo!, ¡Ni uno solo! ¿Dónde están?, ¿Qué fue de ellos? Vagoroso llega el son triste de una campana, y Rosalía recuerda saliendo de su horrible ensimismamiento, que tocaba a muerto por ellos, por los muertos amados que ella llevaba dentro del corazón. Y musita entonces estos versos lastimeros, más que estribillo, despedida doliente:

¡Padrón!... ¡Padrón!...
¡Santa María! Lestrove.
¡Adiós! ¡Adiós!

En este mismo Padrón, va a morir Rosalía, el 15 de julio de 1885, diciendo, un momento antes de expirar, a su hija, Alejandra: «Abre esa ventana, quiero ver el mar».

Miguel de Unamuno, escribirá medio siglo después:

«Y en Padrón vivió, sufrió y murió Rosalía de Castro. Al paso del tren se ve la modesta casita llena de recuerdos, con su balconcillo cubierto por enredaderas, con su huertecito delante. Y no lejos de allí corre humilde y sumiso el Sar, casi un arroyo, escondiéndose entre dos filas de árboles, recatándose a miradas indiscretas y como huyendo toda ostentación. En sus orillas escribió Rosalía lo más de aquel libro peregrino al que

ápenas si se empieza a hacer justicia, en rimas castellanas, que se titula: «En las orillas del Sar». Este fue el tercero, definitivo y último libro de poesía que publicó Rosalía de Castro un año antes de morir, el 1884. «En las orillas del Sar» y las «Rimas» de Bécquer, son los dos mejores libros de poesía que se han escrito en todo el siglo XIX en España. Con razón dijo Diez Canedo: «Cuando todos declamaban o cantaban, ella se atrevía sencillamente a hablar».

Ya dijimos que una buena parte de su vida la pasó Rosalía en Santiago de Compostela. Por aquellas rúas compostelanas, llenas de soportales, por donde pasean estudiantes y canónigos, cruzaba Rosalía soñando.

La poetisa vagaría luego, bajo la negrura lluviosa de la ciudad, por los recodos y esguinces de las rúas santiaguesas, por la pétreas plazas. No en vano los versos de Rosalía evocan el ambiente nostálgico de Santiago. Por aquellas rúas, bajo la llovizna terca, iba Rosalía hacia la Catedral, llena de ansiedad febríl, traspasada de una inquietud angustiosa por algo vagamente presentido; va diciendo en voz baja:

Yo no sé lo que busco eternamente
en la tierra, en el aire y en el cielo;
yo no sé lo que busco, pero es algo
que perdí no sé cuando y que no encuentro.

Hemos visto cómo Rosalía gustaba oír las campanas en la paz del atardecer campesino. Ella ha cantado:

Yo las amo, yo las oigo
cual oigo el rumor del viento,
el murmurar de la fuente
o el balido del cordero.

Ahora va caminando por las calles adustas de Compostela, lleva la vega de Padrón en el alma, pero en su corazón resuenan las campanas con lentas vibraciones. No son las alegres campanas que tocan en la vega de Padrón al amanecer, no son esas campanitas aldeanas que, como los pájaros, tan pronto asoma el primer rayo del alba lo saludan con sus ecos cristalinos. Son las campanas de una ciudad grave y vetusta. Son las campanas de Compostela, desierta como un sepulcro, mientras la llovizna triste humedece en silencio las baldosas. Rosalía camina como huyendo de su sombra. Se desliza cual corza fugitiva, siempre andando al azar, con aquel paso errante del que busca en donde arrojar la dura carga de una vida dolorosa. ¡Cuánto dolor en el alma de Rosalía! Aún lleva amortajado en el corazón a aquel hijo que se le acaba de morir; de sus ojos resbalan lágrimas ardientes:

Era apacible el día
y templado el ambiente,
y llovía, llovía
callada y mansamente;
y mientras silenciosa
lloraba yo y gemía,
mi niño, tierna rosa,
durmiendo se moría.

Y en tanto la llovizna, terca, como todo lo manso, regaba sin cesar campos y plazas, calles y conventos. El espíritu de Rosalía se rebelaba, víctima del dolor, contra el cielo y la tierra; ebria de dolor, el pie inseguro se detiene en la puerta abierta de la solitaria Catedral. ¡Yo quería morir!, ha exclamado con un grito desgarrador, pero entra en el templo y camina por las naves románicas en penumbra. Resuenan por las anchas bóvedas sus pasos silenciosos. El aroma del incienso y un olor de cera impregnan la atmósfera, y de pronto este aroma intenso abre su alma al recuerdo de tiempos más dichosos, es como un lenitivo a su dolor. Allí se alza Rosalía, alta, desgarrada, alborotado el pelo castaño y la boca grande y entreabierta. Sus ojos, oscuros y profundos, donde parece concentrarse todo el anhelo de su espíritu soñador, buscan inquietos algún altar, en donde brille un rayo celeste. El alma de Rosalía, anegada por el agua del dolor, luchaba en las tinieblas de la duda. Desea encontrar la venda celeste de la fe hienhechora que ha perdido. De pronto Dios oye su ruego, y su alma halla refugio y consuelo. Una luz rasga la bruma y se dibuja en el aire, de un angel y de una santa, el contorno divino. ¡Las dos figuras envueltas por el dorado halo del atardecer! En el alma de Rosalía se despierta ahora un amor más fuerte que todos los amores; su pensamiento queda absorto, su corazón rebosa de nuevo pasión y ternura, y con el alma iluminada por la fe, cae de rodillas, bendice a Dios y ora y canta. Por eso el final de esta poesía es como una oración ingenua y dolorosa a Dios. Una vez más, alma gemela, coincide con Bécquer, que había dicho: «El amor es poesía, la religión es amor, y, porque es amor, es poesía. Rosalía sustituía tal vez «dolor» por «amor», pero el dolor de Rosalía no es más que acumulado amor, profundizado, enraizado, hasta volverse puro y llameante amor, que busca el más profundo centro del alma: Dios.

JUAN RUIZ PEÑA